

Las reconocí sin problemas. Estaban en las fotos tal cual las había visto.

–¿Convencido? –Preguntó Miss Delia Indignada.

–Un poco respondí con aire de desafío.

Colocó un candado pesado junto al cerrojo y se marchó.

La escuché maldecir mientras bajaba las escaleras.

Por la noche, cuando pensé que todo terminaría, volvieron los ruidos. Me asomé al pasillo y comprobé que el candado seguía en su lugar.

Las vecinas se acercaron a la puerta que nos comunica y la sacudieron, tirando con violencia de la perilla.

Me llamaron por mi nombre.

–¿Qué te hicimos? –gritaron.

Traté de no hacer caso.

–¿Por qué nos encerraste?

Golpearon con tal furia la puerta que recosté mi espalda contra ella para que no la tumbaran.

Al amanecer se consumió su fuerza. Estaba tan cansado que casi no me percaté de ello. Me recosté en la cama y dormí profundamente en medio de un largo silencio y no me desperté sino hasta el día siguiente.

Desde entonces no he vuelto a poner mensajes bajo la puerta. Pensé en mudarme, pero la vida en la pensión se normalizó.

Ellas siguen haciendo sus abluciones diarias. Y se desplazan como de costumbre por la habitación.

No obstante ya no escucho sus murmullos ni sus risas.

Pienso que me olvidaron.

Tal vez sólo deseaban vivir en paz.

---

CLAUDIO DE CASTRO: Nació en Colón, Panamá en 1957. Ha publicado los siguientes libros de cuentos: **La niña fea de Alajuela** (1985); **La isla de mamá Teresa, el abuelo Toño y otros cuentos** (1985); **El señor Foucalt** (1987); **Fotos de Henry Cartier** (1987); **El juego** (1989); **El camaleón** (1991) y **El cangrejo azul** (2006). En 2010 publicará la antología **Las vecinas y otros cuentos**.

# Destinos Circulares

POR LISSETE E. LANUZA SÁENZ

**E**l grito escapa de sus labios sin permiso, y sin embargo una vez que comienza a gritar no encuentra manera de detenerse, no mientras los ojos de él están fijos en las pequeñas florecitas rosadas que cubren sus panties. Tiene ocho años.

No es una historia común, su historia. Empieza en ese momento, a los ocho años, desnuda excepto por unos panties blancos con diminutas flores rosadas, en el medio de su cuarto. Él, su vecino, estaba pidiéndole prestada una cosa u otra, el tiempo ha hecho poco importante el recuerdo de qué exactamente. Ella nunca llegó a prestárselo. Es más, desde el momento en que su grito reverberó por toda la casa, ella no volvió a hablarle por más de veinte años.

Habían sido amigos, antes de eso. Compinches, porque ella nunca fue una de esas niñas de Barbies y muñecas y a él nunca le molestó tener que esperarla mientras jugaban a policías y ladrones en la calle, siempre en el mismo bando. Quizás es que, en esta historia, fue ella la ignorante. Tal vez, fue que él lo supo primero y comprendió, desde pequeño, que su destino en el mundo era esperarla.

No fue un caso de amor a primera vista, ni mucho menos. Es más, ni siquiera fue un caso de amor a segunda vista, ni a tercera. Diría yo que fue algo así como un amor que surgió del despecho, de las lágrimas y de la soledad. No fue nunca un amor suave y tranquilo, como siempre se imaginó que el amor debía ser, ni tampoco la avalancha de mariposas en el estómago y palpitations que ella siempre identificó con ese sentimiento.

Al contrario, fue un amor silencioso y apasionado, tejido de millones de gritos que nunca salieron de la boca de ella y otras pocas disculpas, que nunca salieron de la boca de él. Fue un amor de tantísimas confidencias escuchadas casi sin querer y millones de consejos nunca puestos en práctica. Y fue un amor de perseverancia y una ternura infinita, a pesar de las circunstancias.

Desde el día en que un grito y una puerta lo separaron para siempre de ella, su mayor propósito en la vida fue volver a escuchar su voz. Estudió y se aplicó, buscando felicitaciones, y cuando no las consiguió, siguió estudiando, esas materias que ella tanto detestaba y que juntos, tantas veces, habían criticado, buscando, al menos, un reproche de su parte. Pero todo fue inútil.

Por momentos, en lo más vanidoso de su juventud, se sintió importante. Si ella se tomaba el trabajo de no hablarle, de mantenerlo en ascuas, debía ser porque él significaba algo y ella quería darle una lección. Se mantuvo fijo en esta creencia durante muchos años, muchos novios de ella, y muchas, muchísimas peleas a medias, donde solamente él gritaba, solamente él reprochaba, y ella contorsionaba la cara y arrojaba el primer jarrón que sus manos encontraban y solo al ver el miedo en sus ojos se quedaba quieta, satisfecha, y tan silenciosa como siempre.

No fue hasta que ella anunció su compromiso con otro, en una extravagante fiesta, que com-

prendió no solo la magnitud de su error al pensar que ya la tenía ganada, sino la terrible y certera verdad de su vida: la iba a amar para siempre.

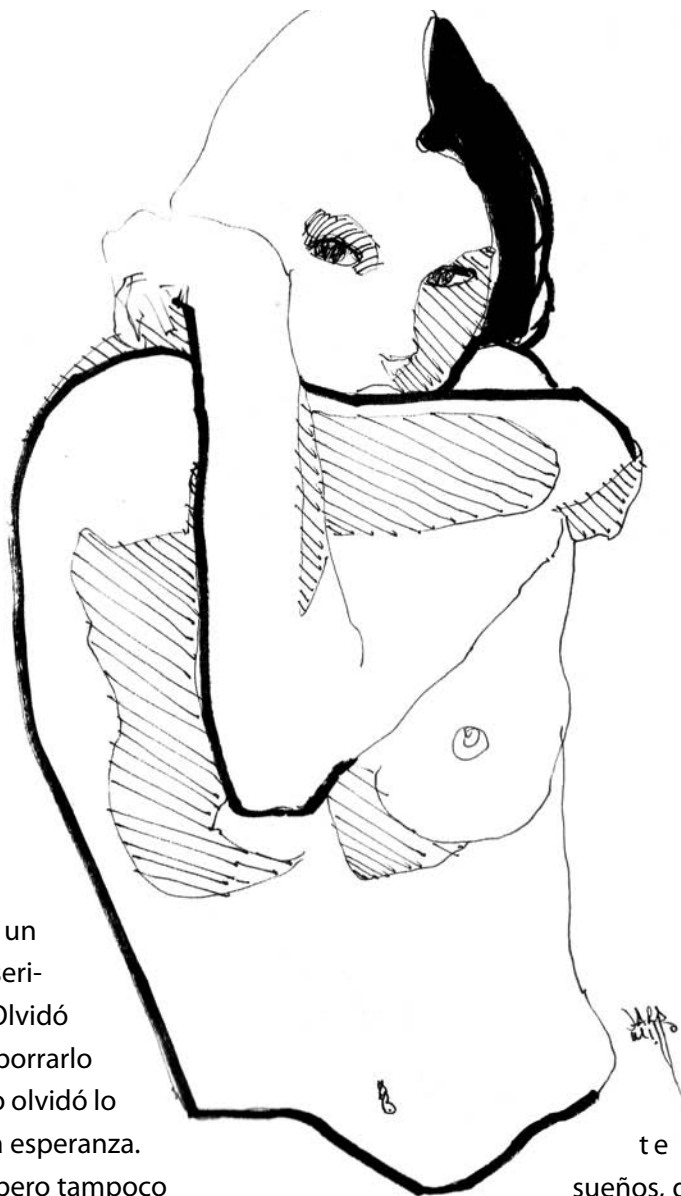
Ella esperaba reproches, y gritos. Hasta cierto punto los quería, se vanagloriaba de ser la causa de ellos. Pero él se mostró con una sonrisa a medias y frases trilladas que expresaban sus felicitaciones y ella deseó golpearlo hasta que la sonrisa no estuviera presente nunca más en su ojos color miel, pero no lo hizo y tampoco le habló, como había planeado en la mañana, para restregarle su victoria en la cara.

Se mantuvo tan silenciosa como en los años anteriores, y esta vez redondeó su silencio con la ferviente promesa de no pensar en él nunca más. Él, sin embargo, sonrió a medias y se dijo a sí mismo que, desde ese día en adelante, pensaría en ella más que nunca, para llenar el espacio vacío de su presencia.

Él no estaba invitado a la boda, y sin embargo sus ojos la siguieron hasta el altar, y los ojos de ella se encontraron, al llegar, con el fantasma de su mirada en la cara de otro. No se dio cuenta, o quizás simplemente pretendió ignorarlo. Había hecho una promesa, después de todo.

La tierra no cesó de girar en su propio eje, aunque a veces así lo sentía él. Y como era necesario para continuar en su mundo de deseos, fantasías y ensueños, continuó viviendo. Se encontró con que había muchas cosas que quería intentar, muchas oportunidades de irse, al fin, fuera de casa, que debía aprovechar.

Ella se radicó en un barrio elegante, a quince minutos de su antiguo hogar, y él se fue a conocer el mundo. Los años fueron más que bondadosos con él, le dieron sabiduría, estudios, le mostraron lugares nuevos, y le enseñaron nuevas maneras de ver lugares conocidos. Ella siempre estuvo en sus pensamientos, acompañándolo.



La vida fue un poco menos misericordiosa con ella. Olvidó cómo soñar, y al borrarlo de su pensamiento olvidó lo que era también la esperanza.

No fue miserable, pero tampoco realmente feliz, y sin embargo cumplió su promesa a cabalidad: por más que cada infidelidad le robara un poco de su alma, nunca volvió a escaparse de su realidad pensando en él.

Silencioso, se estrechó el tiempo, hasta que un día él volvió a casa. Era un día como cualquier otro, y sabiendo que ella no estaría ahí, se aventuró a aquel lugar donde, hacía más de veinte años, había nacido el silencio entre ellos. Hubo miradas bondadosas y abrazos entrecortados y de repente, sin saber cómo, ella estaba de vuelta, y él se

encontró abriendo la misma puerta que dio a luz a sus desventuras.

Él abre la puerta, y ella está ahí, como hace veinte años, como siempre en sus sueños, desnuda, y esperándolo. Ella

lo mira fijo, y de repente siente deseos de gritar, no para espantarlo, como aquella vez, sino porque la historia se repite, y a ella le tomó más de veinte años, un matrimonio fallido y demasiadas lágrimas volver a encontrarse en el lugar donde debió haber estado siempre, y esta vez no volver la mirada y esconderse mientras él fija su mirada en el borde de encaje de sus panties.

Esta vez, cuando cierra la puerta de su cuarto, él todavía se encuentra adentro.

---

LISSETE LANUZA SÁENZ (Panamá, 1984) Abogada por la Universidad de Panamá. Maestría en Globalización, Comercio Internacional y Mercados Emergentes en la Universidad de Barcelona. Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2004 de la Universidad Tecnológica de Panamá. Sus cuentos han aparecido en la revista *Maga*, y en los libros colectivos "*Soñar despiertos*" (2006), y "*Taller de Escapistas*" (2007). En 2010 publicará su libro de cuentos: *Destinos circulares*.